

CAPITULO LV.

Situación de nuestras fuerzas en Italia—Rendición de la plaza de Mesina.—Triunfo en Melazzo.—Muerte de Carlos XII.—Fatales consecuencias de ella para los planes de Alberoni.

• ANTES de entrar á detallar los efectos de aquella guerra terrible que se preparaba y dar cuenta de las operaciones emprendidas, debemos dar conocimiento de lo que, con respecto á España, acontecía en Europa, y qué era lo que hacían las fuerzas que en Sicilia teníamos.

Cuando las fuerzas fueron enviadas á Italia, el sigilo con que se había procedido, la prontitud con que llegaron allá y el apoyo que en los mismos naturales del país encontraron, fueron poderosas causas que contribuyeron no poco á que fueran muy rápidos y áun de gran importancia en aquellos momentos los progresos que realizaran en corto tiempo.

Pasado este primer instante, en que tanto nos ayudó la fortuna y tanto dió lugar á que Alberoni se envalentonara, las circunstancias se rodearon de tal modo, que dieron comienzo las contrariedades que, multiplicadas más tarde, habían de ser causa de nuestra retirada, después de haberse perdido allí cuantiosas sumas que tanta falta nos hacían, un considerable número de hombres y una gran fuerza moral.

La ambiciosa política de Alberoni, que sólo puede disculparse teniendo presente que, á más de su propio interés trabajaba, por el engrandecimiento de la nación que consideraba como su segunda patria, había despertado los celos y avivado el temor de los demas soberanos de Europa, que no podían ver sin recelo los grandes preparativos guerreros que se hacían y el mucho partido que se sacaba de una nación que, á consecuencia de sus últimos desastres, se creía aniquilada y próxima á sucumbir en absoluto, y que, sin embargo, de tales elementos hacía alarde.

Pero esto no es de extrañar porque las fuerzas materiales de nuestro país se han centuplicado siempre que se ha tratado de empresas aventureras en lejanos países, ó siempre que se ha tratado de defender el suelo patrio.

En el primer caso han partido alegres, decididos, animados á todo, y si por ventura la suerte les ha sido adversa, podrán haberse confesado vencidos, pero nunca escarmentados. Si nuestro territorio ha sido invadido han luchado con la constancia de los héroes y han sucumbido gloriosamente y sin exhalar una queja antes que dejar pasar al extranjero.

En la época á que nos estamos refiriendo la empresa no podía ménos de ser temeraria; todas las naciones extranjeras tenían su vista fija en la nuestra, se habían coaligado entre sí, y á la voz de una las demas contestaron declarándonos la guerra, que desde luego se comprendió había de ser desastrosa, pues no de otra manera tenía que sernos, dado que nos hallábamos solos en frente de las tres potencias de Europa de mayor importancia y que con más elementos contaban.

La derrota que nuestra escuadra había sufrido en las costas de Italia nos perjudicó considerablemente en los principios de aquella campaña. El ejército nuestro, que había desembarcado para continuar las operaciones, experimentaba privaciones sin cuento, pues no se podían recibir víveres ni pertrechos más que cuando algun buque, con una audacia á toda prueba y ayudado por la fortuna, se atrevía á pasar, burlando la vigilancia de las naves inglesas que tenían guardada toda la costa con objeto de impedir que nadie favoreciera las operaciones de los españoles, aunque hubieran de emplear la fuerza para ello.

Este era el primer propósito que á los ingleses animaba, y, dadas las hostilidades que con nosotros habían roto, procuraban causarnos el mayor número de males, protegiendo y facilitando el paso de las tropas alemanas que sin cesar llegaban procedentes del Imperio.

Nada lograba intimidar á nuestros bravos; lejos de la patria luchaban sin pensar en la retirada, se batían como leones; y poco ó nada les importaba el número de fuerzas que lograron reunir los contrarios.

Ingleses, alemanes y piemonteses hicieron esfuerzos desesperados contra las tropas españolas que sitiaban la fortaleza de Mesina. Al pié de ella tuvieron sangrientos combates que debieron hacer comprender á los que no eran españoles el fundamento de la audacia de éstos.

Tenaces en su empeño, se mantuvieron firmes, y á pesar de las contrariedades que experimentaban, continuaron adelante, aporrandose de multitud de plazas y fuertes, algunos de ellos de no escasa importancia.

Al fin, á despecho de los piemonteses que la defendían, de los alemanes que en considerable número habían venido á reforzarla, y de los ingleses que tanto les habían ayudado, la ciudadela de Mesina no tuvo más remedio que rendirse el 30 de setiembre de 1718, pasando el marqués de Lede por la sola condición de que la guarnición saliera libre, y eso que se hicieron grandes esfuerzos para obtener otras concesiones.

No había dejado de inquietar al general, jefe de nuestras fuerzas en Italia, la noticia de que á Melazzo había llegado un cuerpo de ejército compuesto de ocho mil alemanes; pero con un valor á toda prueba, y con la confianza que las fuerzas que mandaba le habían hecho adquirir por su arrojo y valentía, se dirigió á su

encuentro, dándole vista en la lengua de tierra que forma el promontorio de Melazzo.

Mandaba á los alemanes el general Carrafa, que desde luego contó en su favor, además de la gran confianza que en sus conocimientos militares tenía, con la no pequeña ventaja de la superioridad numérica, así como también el que sus fuerzas estaban descansadas y surtidas de todo lo necesario, mientras las españolas tenían sobre sí la fatiga de la ruda campaña que venían sosteniendo, y las no pequeñas privaciones que sufrían.

En esta seguridad no tuvo inconveniente en presentar batalla, la cual dió comienzo con la primera claridad del día 15 de octubre de 1718. No esperaban los alemanes tanta obstinación ni podían ciertamente vencerla; muchas veces un mismo sitio se perdió y ganó, los choques sangrientos se multiplicaban, y la victoria, que al principiar la tarde era aún indecisa, se manifestó claramente por los españoles, que la cantaron en toda la línea á las primeras horas de la noche.

Semejante triunfo, que nadie á la verdad esperaba, nos costó más de mil bajas, ascendiendo las de los alemanes á tres mil, siendo la victoria conseguida causa de que las armas españolas alcanzaran gran prestigio en Sicilia, y que fuera grandemente celebrado en Madrid este triunfo.

Los alemanes procuraron vengar ese fracaso, para lo cual se prepararon desde luego pidiendo refuerzos, que llegaron con gran presteza.

Su ejército llegó á contar más de diez y seis mil hombres de infantería y dos mil caballos, mientras que nuestras fuerzas no podían ni aún cubrir las bajas naturales que experimentarían.

Tanto por esto cuanto porque nos estaba costando aquella campaña sumas enormes, el cardenal Alberoni, que comprendía los ataques que iba á sufrir, y que más de una vez llegaría á dudar que pudiera atenderlos á todos, ordenó al marqués de Lede procurar evitar los encuentros, manteniéndose sólo á la defensiva, con objeto de conseguir sostener al ejército sin que experimentara grandes bajas, y con el fin de ahorrar gastos á que ciertamente no podía atenderse.

Tal vez, como algunos afirman, en esta determinación influyó también la noticia, que hasta á Alberoni llegara, de que Víctor Amadeo, viendo el cambio que la política general de Europa había sufrido, y que quizás las consecuencias fuesen funestas para él si se resistía por cualquier causa á las indicaciones de las potencias coaligadas, dado que había comprendido ya, como manifestamos, la mala fe que presidía en las negociaciones del Cardenal, se conformó en ceder el reino de Sicilia al Emperador, aceptando en cambio el de Cerdeña.

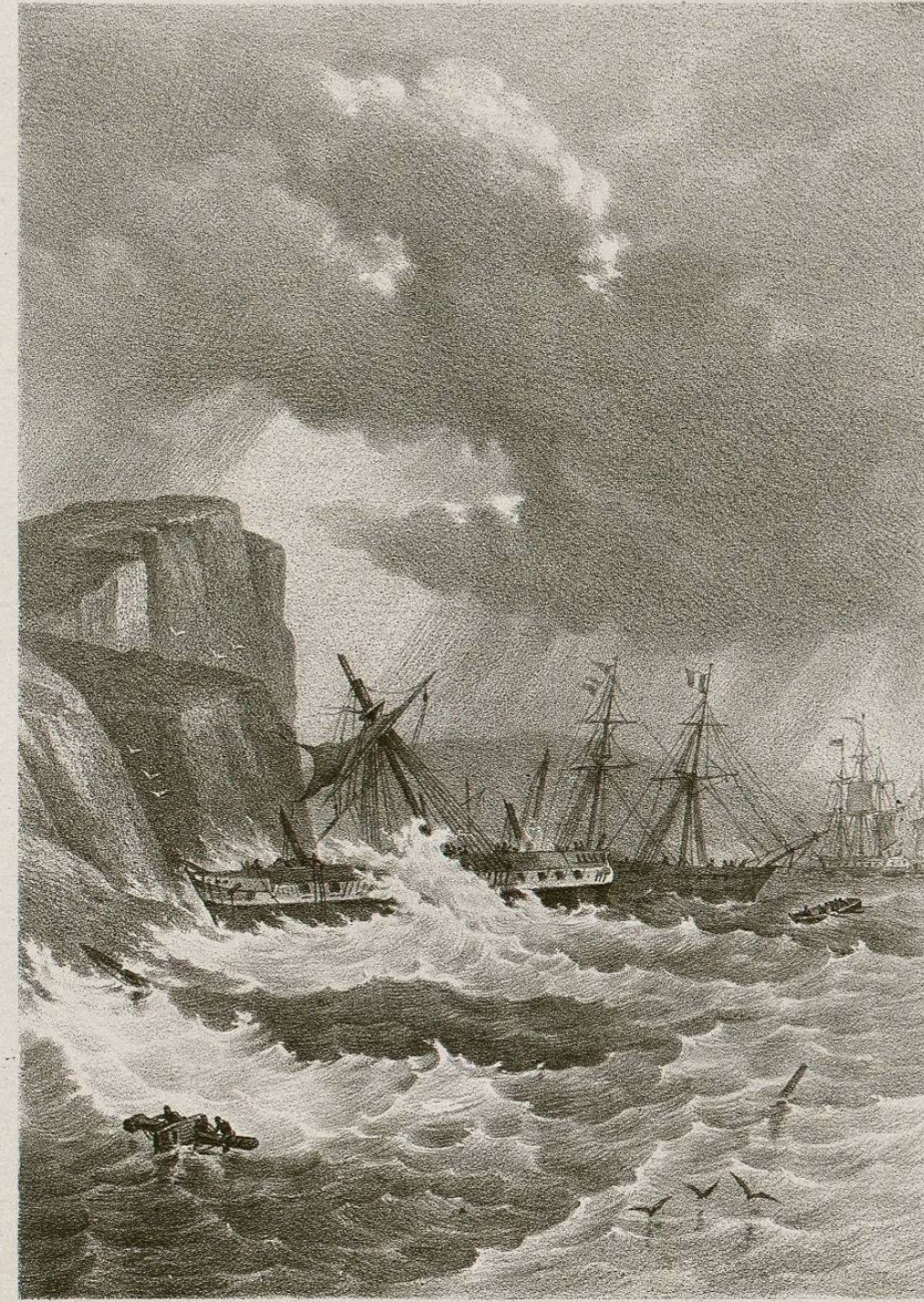
El Emperador fué reconocido rey de Sicilia el 5 de noviembre, y por tanto, inmediatamente Víctor Amadeo comunicó orden á las plazas del que hasta entonces había sido su reino, de que no opusieran resistencia á la entrada del ejército alemán en ellas. Por esta causa, y por la terminación de la guerra con Turquía, el Emperador dió orden inmediatamente para que todas las fuerzas cargaran sobre Sicilia, donde en efecto principiaron á llegar considerables refuerzos.

Este era el estado general de las operaciones cuando Francia declaró la guerra á España. Cualquier ministro se hubiera ciertamente intimidado al considerar que vanos habían de ser todos los esfuerzos que se realizaran para contrarrestar el empuje de la *cuádruple alianza*, á la que, como sabemos, se había unido el duque de Saboya; pero el carácter altivo y el genio emprendedor de Alberoni no se intimidó por esto; siguió adelante en sus preparativos, sacando de todo el mejor partido posible, sin que le amilanase tampoco la falta de uno de los más eficaces apoyos con que había contado.

Al mismo tiempo que los aprestos materiales de fuerza, el Cardenal, como recordarán nuestros lectores, había combinado por medio de intrigas que la política le ayudara, y uno de los medios más seguros con que contaba para debilitar las fuerzas del Emperador, era llamar la atención por la guerra que por el Norte le movería Carlos XII de Suecia, lo cual no pudo realizarse por haber fallecido este soberano.

Los propósitos del regente de Francia eran principiar la guerra atacando la plaza de Fuenterrabía, población de gran importancia estratégica que había de abrirle el camino de Vizcaya, con ánimo de seguir internándose.

Organizado el ejército, fué nombrado general en jefe el mariscal duque de Villars, que rehusó el aceptar por motivos de salud. Entonces el duque de Orleans nombró para este cargo al duque de Berwick, que, no teniendo más remedio, aceptó el mando que se le confería con grandísima repugnancia, pues no hacía muchos años había hecho la guerra en favor de D. Felipe, á quien ahora iba á atacar, contra aquellos á quienes, aunque indirectamente, iba á favorecer. Además era grande de España, lo cual le ponía en el afrentoso trance de operar contra una nación de que había merecido honores, y donde hasta tenía parte de su familia, pues su hijo primogénito se hallaba casado con la hermana del duque de Veraguas.



J. SERPA, 17.

L. VIDAL, OLMO, 27.

EXPEDICION NAVAL CONTRA ESCOCIA.

CAPITULO LVI.

Expedición á Escocia favorecida por los españoles.—Su fracaso.—Expedición á Bretaña contra el regente de Francia.—Sus malos resultados.
Entrada de los franceses en España.—Manifiestos de Felipe V y del duque de Orleans.

ALBERONI, como hemos visto, no había olvidado en ninguna de sus maquinaciones la verdad del célebre dicho de su compatriota Maquiavelo. «Divide y vencerás.» puede decirse que había sido su divisa, y en la ocasion presente comprendía que más que nunca le era necesaria la division de las fuerzas que se le venían encima.

Jacobo Estuardo tenía aún muchos partidarios en Inglaterra, especialmente en Escocia, cosa que en más de una ocasion había causado no pequeña zozobra al rey Jorge, que sin cesar temía un levantamiento que ocasionara una guerra civil.

Conociendo esto Alberoni, juzgó muy á propósito llevar la alarma á aquel reino, para lo que se le presentaba la magnífica ocasion que de Roma le habían escrito invitándole á que viniera á España el destronado Estuardo.

Aceptó con fruicion la promesa y con efecto, poco despues llegaba á la corte de España el pretendiente de Inglaterra, recibiendo grandes muestras de consideracion y afecto por parte del Rey y del Cardenal, de quien tambien mereció formales promesas de ayudarle para que pudiera volver al trono de sus mayores.

Esta maquinacion pasó desapercibida para Inglaterra, que entonces más que nunca confió como las demas naciones en que nada vendría á turbar la campaña que contra España preparaba, pues al mismo tiempo que Alberoni le acogía con marcadas muestras de aprecio, las cortes de Inglaterra, Francia y Alemania recibían noticias de Milan de que le tenían allí preso, error de trascendencia, á que se dió lugar enviando allá uno de gran semejanza con el pretendiente inglés, el cual, procurando hacerse sospechoso, fué preso.

Apesar de esto, las naciones coaligadas supieron con sorpresa que el duque de Ormond, ardiente partidario del Estuardo y gran agitador en su pró, había desaparecido de Francia, donde se hallaba refugiado. A la que más alarmó esta fuga fué á Inglaterra, hasta el punto que el rey Jorge mandó pregonar que serían entregadas diez mil libras esterlinas al que presentara vivo ó muerto al duque de Ormond.

Este había sido llamado á España por el rey Jacobo, á cuyo llamamiento acudió presuroso. Alberoni no podía contentarse con dar celos á Inglaterra, sus propósitos iban más allá, y á este fin mandó que una flota que se estaba preparando en Cádiz marchara inmediatamente á la Coruña, á cuyo puerto acudirían tambien otras que se hallaban en varios puntos de Galicia, formando en conjunto una expedicion que pensaba enviar á Escocia donde el pretendiente Jacobo tenía más partidarios.

A esta flota se mandó un ejército compuesto de cinco mil hombres entre los que abundaban los irlandeses y escoceses, partidarios de Jacobo, llevando ademas armamento para treinta mil hombres, que sólo en la costa esperaban se les unieran sin grandes dificultades.

La flota iba mandada por el esforzado é inteligente marino don Baltasar de Guevara, el cual, en cumplimiento de las órdenes que había recibido, mandó levar anclas, no sin manifestar gran repugnancia y exponer razones de fundamento, que sin duda debieron ser escuchadas, dado el justo renombre que como marino tenía Guevara; mas sobre los previsores consejos estaba la impaciencia de Alberoni, que, sin dar oído á nada, intimó la orden de partir.

La experiencia vino á demostrar bien pronto que era justificado el temor del jefe de la escuadra. Antes de doblar el cabo de Finis-terre los elementos, que en aquellos mares parecían siempre dispuestos á destrozar nuestras escuadras, se desencadenaron con tal furia, que llegaron á temer todos los de á bordo no volver á ver más tierra.

Diez días duró aquella horrorosa borrasca que deshizo por completo la flota, hasta el punto que de ella cuatro navios arribaron á Lisboa, ocho volvieron á Cádiz y los demás á Vigo y otros puntos de Galicia, excepcion hecha de algunos que se perdieron. De los barcos de transporte casi ninguno pudo volver á ser utilizado y sólo una insignificante parte de la escuadra conduciendo mil hombres, en su mayor parte católicos irlandeses, llevando tres mil fusiles para armar á sus parciales, arribó á las costas de Escocia.

Es de dudar si Alberoni hubiera podido mostrarse satisfecho encendiendo la guerra civil en Inglaterra, aún llegando todas las fuerzas y pertrechos que salieron de la Coruña, mas es seguro que sólo el fanatismo pudo impulsar á aquellos mil hombres á llevar adelante su empresa y desembarcar con ánimo de promover una guerra que había de tener desastrosas consecuencias para ellos, mucho más cuando ya el rey Jorge se hallaba prevenido de antemano y había tomado sus precauciones y medidas.

A los que desembarcaron se unieron en el primer momento sólo dos mil paisanos, pues los demas, aunque se mostraban dispuestos á apoyar la causa del Pretendiente, querían que vinieran nuevas fuerzas que en manera alguna podían ir.

Los sublevados se apoderaron de un castillo, sin que más proezas pudieran realizar, pues tropas regulares inglesas salieron en su persecucion, y aunque muchos lograron salvarse, los más fueron cogidos y llevados en triunfo á Londres.

A pesar del rudo golpe que para la negociacion de Alberoni representaba la pérdida de la flota que mandara contra Escocia, no

se desanimó, y con una constancia que casi acusaba ya terquedad, mandó componer las naves que habían vuelto á los puertos de Vigo y Pontevedra, y confiando su mando al duque de Ormond, marchó éste á la Bretaña, donde existían muchos contrarios del regente de Francia, y donde habían prometido acudir muchos descontentos, designándose hasta quién había de ser el jefe de la rebelion.

Un nuevo desengaño esperaba á esto, que podemos llamar segunda parte de la empresa. Llegadas las naves á la costa faltaron sin duda los que habían prometido sublevarse ó en realidad no existían tales promesas, pues nadie se movió, con lo que fué por completo desgraciado el éxito de aquella expedicion, en la que tantas esperanzas se habían fundado.

El desengaño en realidad fué más grande y doloroso para el desgraciado Jacobo, que, desilusionado por completo, despues de visitar el sepulcro del apóstol Santiago se embarcó en los Alfaques, llegó á Liorna y desde allí marchó á Roma, de donde algun tiempo ántes había salido con el corazon henchido de esperanza.

No podemos ocultar que tambien al mal éxito de aquella expedicion contribuyó la soberbia de D. Blas de Loyá, que desde el puerto de Santander debía marchar á la Bretaña conduciendo armas y pertrechos para los que habían de sublevarse, lo cual no realizó, disculpándose con el temporal.

Todo lo que expuesto llevamos, nos hace ver de qué modo, poco á poco, iban frustrándose sus planes á Alberoni, á pesar del ingenio que en su combinacion había demostrado, y del celo y actividad que había desplegado, sin que tantos ni tan continuados reveses lograran enfriarle.

Y verdaderamente hay mucho que admirar en aquel hombre, lleno de energía constantemente y sin desanimarse jamas.

Había comprendido en su diplomática sed, si así podemos expresarnos, á toda la Europa, y sin embargo no pudo ménos de convencerse á costa suya, y lo que es más sensible, de la nacion cuyos destinos estaba rigiendo, que de poco servía aquella diplomacia si no iba acompañada de la fuerza material ó si no les presta su favor la fortuna.

Ofreció dinero á Ragotzki, rebelde de la casa de Austria en Hungría, y protegido por los turcos, que estaban en guerra con Carlos VI, para que reuniese un ejército de treinta mil hombres y acometiera la Transilvania, y en el mismo año ajustó la paz el Gran Señor con el Emperador, contentándose con la Morea, que había arrebatado á los venecianos, y abandonó los intereses del rebelde.

Una escuadra española abandonó los puertos de Galicia, gastándose en su equipo cantidades de consideracion para llevar á su bordo al Pretendiente hijo de Jacobo II, para encender la guerra civil en Inglaterra, y esta escuadra fué deshecha por la tempestad.

Forma en Francia una conspiracion en la cual tenía gran confianza, al objeto de quitar la regencia al duque de Orleans y conferirla á Felipe V, y la trama fué descubierta y duramente castigada.

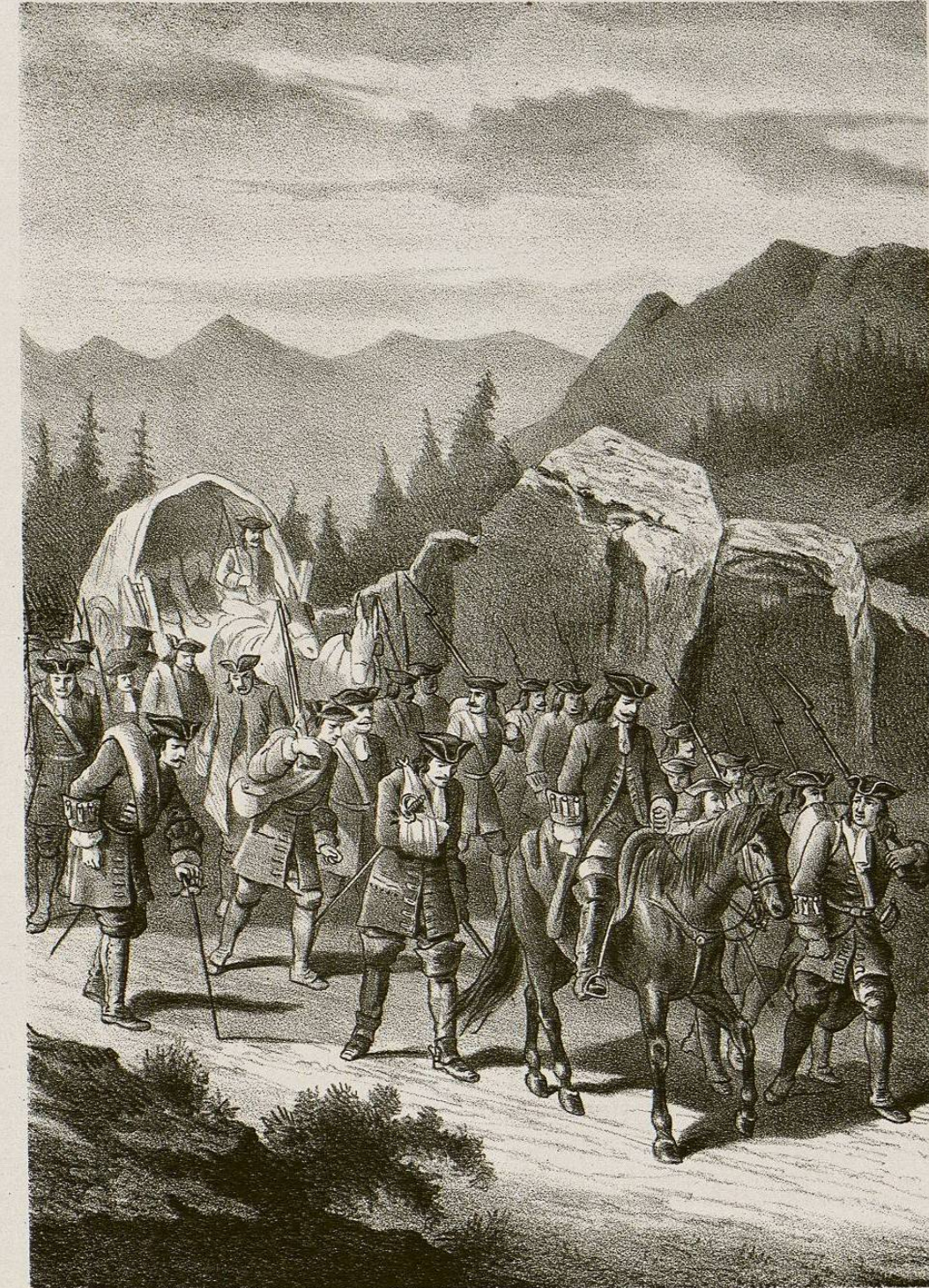
Finalmente, procuró conciliar contra Inglaterra y el Emperador á los dos enemigos más poderosos que podían tener que eran el emperador de Rusia y el célebre Carlos XII de Suecia y éste, que en realidad hubiera sido el más capaz de secundar los planes de Alberoni por su audacia y su ambicion, muere de una bala de cañon en el sitio de Fredericstad.

En resumen, España, que había conmovido inútilmente á toda la Europa, concluyó por encontrarse reducida á sus propias fuerzas frente á la cuádruple alianza.

Los franceses dieron comienzo á la campaña el 21 de abril de 1719, en cuyo día el marqués de Tilly al frente de veinte mil hombres pasó el Bidasoa por cerca de Vera, y apoderándose en los días posteriores del castillo de Behovia, de la ermita de San Marcial, Castellfolit y el fuerte de Santa Isabel, se hizo dueño del puerto de Pasajes, donde quemó los navios que estaban en construccion y destruyó el magnífico astillero.

Pocos días despues llegó el duque de Berwick para ponerse al frente de las tropas, y ya se hallaban sitiando á Fuenterrabía. Esta noticia determinó al rey Felipe á salir á campaña, como hacia en otro tiempo; mas ántes, y con objeto de ganar el partido posible, hizo circular con profusion un manifiesto donde declaraba que ninguna animosidad le guiaba contra Francia, de cuya nacion era la nuestra amiga, y á cuyo rey, su sobrino, quería lealmente; decía que su sólo objeto era libertar á aquel reino de la opresion que el gobierno del regente determinaba, y manifestaba esperanzas de que con tan noble fin se le unieran las fuerzas francesas para coadyuvar al propósito que manifestaba.

El duque de Orleans, por su parte, manifestó iguales tendencias en un manifiesto que dió contestando al de D. Felipe en nombre del rey de Francia; decía en él casi lo mismo que el monarca español había expresado, esto es, que no era su ánimo hacer la guerra á España, que sus designios eran los más rectos y leales, pues trataba sólo de hacerla sacudir el yugo de un ministro extranjero, que en su desmedida ambicion aconsejaba al Rey la resistencia, y del que dimanaban los tan injuriosos escritos que se habían dirigido contra el rey de Francia.



J. SERRA, I.P.

LI. VIDAL, OLMO 27

RETIRADA DESASTROSA DEL EJÉRCITO FRANCÉS.